

He aquí unos delicados trasuntos líricos de nuestro paisaje:

*El paisaje monótono duerme sin luz ni albores,
ni un pájaro aletea, ni una flor reverdece
en la yerma llanura, que dormida parece
un viejo camposanto, sin árboles, ni flores...*

*Sólo irrumpe el silencio la recia diligencia,
que corre a los trallazos del viejo mayoral,
huyendo temerosa de la negra inclemencia
con que amenaza rudo perenne temporal...*

*Los viajeros dialogan: «La cosecha se pierde,
la tormenta de piedra ha arrasado el viñedo...
Un siniestro presagio los corazones muere.*

*Y entre tanto que el Angelus solloza en la ciudad
y algo flota en los ámbitos que da sopor y miedo...
Parece que se siente crujir la tempestad.*

(«Estampas».)

Qué expresivamente se hallan reflejados en este poema, no sólo la recia melancolía de nuestro paisaje en invierno, sino también, y ello en dos solos versos, la eterna preocupación de nuestros labradores... estos astrónomos de nubes abajo.

I
*En legiones numerosas,
en innumerables cuadrillas,
con el hato a las espaldas,
van los parias de la vida...
Ya se acercan silenciosas,
polvorientos se aproximan...*

II
*En sus ojos febrilísimos
fosforecen las vigiliantas...
Son los brazos de otras tierras
que en jornadas infinitas,
en demanda de trabajo
van en pos de las vendimias.*

III
*Forman largas caravanas
de familias...
Tomellosa se acrecienta
con las pobres huestes miserables,
y parecen sus plazuelas
tristes, frías,
hervideros de miserias,
semillero de desdichas...*

IV
*Tomellosa resplandece
al hervor de la vendimia.
Sus cosechas son inmensas,
sus riquezas, infinitas.*

*Van los carros en hileras
multiformes noche y día,
por el fruto ya maduro...*

*Ora tornan de las viñas,
ya se pierden rumorosos,
calle abajo, calle arriba...*

*Y en continuas cabalgatas,
y en innumerables cuadrillas
con los rostros macilentos
y cargados de fatigas,
las legiones del trabajo,
bajo el sol rudo, desfilan...*

(«Estampas», poema XI.)

No cabe un boceto mejor trazado del trasiego de forasteros demandantes de «espuestas» en nuestras vendimias.

Otra constante poemática de Arrieta es su ternura por el niño:

*El pobrecillo arrepiezo
desarrapado y descalzo,
como un pajarillo loco
saltaba inquieto a mi lado.*

*Y los ojos se le iban
tras los pintados caballos
de cartón, por las casetas
de la Feria, suspirando.*

*Me dio tanta pena verlo
con tanto afán contempládoslo,
que sentí dentro del pecho
como la herida de un dardo.*

*La multitud desfilaba
y el sol, que se iba borrando,
dejaba en el cielo azul
su mancha como un pecado.*

*Y me atejé silencioso
entre el bullicio, pensando:
¿Qué no debería haber
ningún niño sin caballo!*

(«Rimas», poema XIX.)

No pudo olvidar nuestro poeta la cuerda eterna del amor, pero de un amor lejano, espiritual, que no dejó huellas tormentosas en el alma del autor.

*Tan sensible era mi alma,
y tu alma tan sensible,
tan vehemente mi carácter,
tu carácter tan vehemente...*

*Que ora una frase importuna,
después un motivo leve,
bastó... ¡para que el Amor,
tuyo y mío se perdiese!*

(«Estampas», poema XVIII.)

Arrieta fué amigo de J. Ramón Jiménez, y se deslumbró, como toda la juventud de su época, con la innovadora poesía modernista de Rubén Darío. A través de éste admiró a Paul Verlaine, cuya «Poética» le oí recitar muchas veces. Ellos fueron el norte poético de Arrieta, y de ellos se perciben ecos en algunos de sus poemas, aunque completamente domeñados por la recia personalidad lírica de nuestro autor.

Que Gregorio Arrieta desde su tumba, el más exquisito temperamento que ha vivido entre nosotros, perdona a los hijos de Tomellosa, que lo miraron sin ver y lo goyeron? sin entender.

F. García Pavón.